

LIBRO SESTO.

Situación política de la Francia á la llegada de la Duquesa de Berry. — Esta permanece extraña á los negocios. — Su papel en la Sociedad. — Influencia que ejerce. — Sus gustos están conformes con los del príncipe su esposo. — Ella ama y protege las artes. — Vida privada. — Limosnas. — Paseos á pie. — El muchacho y el talego. — El jóven y el paraguas. — La alquiladora de sillas y las dos Altezas Reales. — Carácter del príncipe. — Su viveza y su bondad. — Su aventura con el conde de B. — Su cariño á los soldados. — *Viva el Emperador y viva el Rey.* La cazería de Rambomillet. — Un niño salvado en el bosque de Mendon. — Los deberes preferidos á los placeres, carta á M. Despalieres. — El príncipe en los talleres. — La princesa aprende la pintura. — Los buenos y los malos cuadros de la galería. — Pérdidas de niños. — Nacimiento de S. A. R. Mademoiselle. — Billete al marqués de Gontaut. — La fecha del día 13.

La situación política en que se hallaba la Francia á la llegada de la Duquesa de Berry, estaba llena de embarazos y dificultades: principiábase á salir de aquellos primeros momentos de efusion y de entusiasmo que acogen el establecimiento de los nuevos poderes, y que disfrazan los obstáculos y hacen ver distantes los peligros.

Sea lo que quiera lo que hayan dicho despues los adversarios de la Restauracion, ella fué popular á su advenimiento. La clase ciudadana sobre tod ola vió volver con transportes que nada tenian de afectado: el imperio habia pesado sobre ella con toda su fuerza: los intereses materiales habian tenido mucho que sufrir bajo el gobierno napoleónico. Sus largas guerras con la Europa entera, el sistema de prohibicion ri-

gurosamente ejecutado con la gran Bretaña, habian impuesto al comercio largos y penosos sacrificios; y si él guardaba silencio bajo un régimen en que la queja no era libre, y en que la nacion debia moverse con la disciplina de un ejército, no por eso sus heridas eran menos numerosas, profundas y sangrientas. Las clases ciudadanas principiaban á cansarse de hacer solas los gastos de la conquista de la Europa. Si la guerra se habia alimentado siempre con su oro, en los últimos dias del imperio ella reclamó tambien su sangre. La conscripcion, aquel minotauro imperial, habia devorado las generaciones ricas, cuando las pobres llegaron á faltarle. El gran capitán no se cansaba de vencer, y era necesario dar alimento á la victoria.

No deben olvidarse tampoco los desdenes y desprecios reservados á todo el que no llevaba uniforme. La poblacion armada establecia una línea de demarcacion entre ella y la poblacion pacífica. Era imposible que aquellos caracteres de los campos de batalla, tan feroces en el exterior, no fuesen un poco arrogantes en el interior: ellos, pues, trasportaban á la paz los usos de la guerra, y conservaban en la ciudad las costumbres de los campos. Todas las clases que no pertenecian al ejército estaban fatigadas de aquel despotismo del sable, que tenia mil maneras de reproducirse (1). La gloria parecia menos bella cuando se

(1) Las obras de un escritor conocido, M. Paul Luis Courrier, ofrecen las señales de este cansancio político. Durante los cien dias, el *Censor europeo*, redactado por hombres pertenecientes á la clase de que se trata, publicó la nota siguiente. «Uno de los redactores del Mercurio se ocupa de una obra que, vistas las circunstancias, no podrá dejar de hacer una gran sensacion; su título es: *De la influencia del vigo sobre el razonamiento, y la necesidad del sable en la administracion.*»

entraba en contacto con ella, que cuando se la miraba de lejos al otro lado de las fronteras, y el militar no era civil, como decia M. de Talleyrand.

Pero si tantas causas reunidas disponian los intereses y las opiniones á ver con alegría el restablecimiento de los Borbones, estas disposiciones no cambiaban la naturaleza de las cosas, y habia en el fondo de la situacion una inmensa dificultad que se presentó, como se ha dicho, en la superficie, luego que pasaron aquellos dias de arrebató y de fervor.

Durante veinte y cinco años, habia habido dos Francias con sus ideas distintas, sus intereses separados, sus gobiernos opuestos. Hoy estas dos Francias estaban reunidas bajo el cetro legitimo. ¡Qué de precauciones no era necesario tomar para evitar que esta reunion fuese un choque! ¡Qué delicadeza en las palabras, qué prudencia en todos los actos? Habia tantos recuerdos que borrar, que podian cambiarse en resentimientos, tantas diferencias que podian hacerse contrastes, tantas divergencias que arriesgaban irritarse hasta la antipatia, tantas otras que tendian á dar lugar á exclusiones! Sin duda la dignidad real habia proclamado á su regreso la ley de paz y de union; pero semejantes declaraciones, admirables y bellas como principios, son siempre de muy difícil aplicacion. No era bastante poner la union en la ley, era necesario ponerla en los hechos. Importaba, pues, entrar en relacion con aquella Francia, de que tantos años se habia estado separados, mezclarse á sus hábitos, á sus costumbres, á sus gustos.

Esta situacion creó para la Duquesa de Berry un papel, tanto mas importante, porque parecia extraño á la política. Su juventud se le inspiró, y le desempeñó tanto mejor, cuanto lo verificaba sin cálculo, cediendo solo á su naturaleza y á su inclinacion. Co-

locada fuera de las diversas influencias que dominaron durante la Restauracion, no tomó parte alguna en la elevacion de los gabinetes ni en su caida. Los negocios de estado no vinieron á buscarla, y permaneció inaccesible á las intrigas. Pero si no tuvo accion sobre la política, la tuvo sobre la sociedad.

Con exclusion de dos grandes circunstancias, este fué su papel durante la Restauracion. En contacto con la sociedad por sus gustos, se mantuvo constantemente en relacion con ella, observando en lo demás, naturalmente, una especie de neutralidad que convenia admirablemente á la que debia dar herederos á la casa de Borbon; porque siempre es de buena política dejar á todos los intereses y á todos los matices legales de la opinion, una esperanza, y no empeñar en lo presente la suerte del porvenir.

Es necesario recordar que la jóven duquesa encontró en su matrimonio una felicidad y una dulce armonía de humores y de gustos, que la hicieron hallar un encanto enteramente particular en aquella existencia sencilla y sin fausto, en aquella vida privada que disfrutaba con el príncipe su esposo. Para ser popular, no tuvo que hacer mas, digámoslo así, que ser feliz.

Habia habido entre los destinos del Duque y la Duquesa de Berry unas relaciones que parecian haber preparado su union. Sus existencias habian sufrido casi las mismas vicisitudes: los dos habian conocido el infortunio y el destierro: los dos habian visto caer el trono de su familia; ambos acababan de verle restablecerse por un golpe de la Providencia, y entraban al mismo tiempo en el goce de las tardías prosperidades que llegaban despues de tan larga série de reveses. Si lo pasado les dejaba los mismos recuerdos, el porvenir les mostraba iguales esperanzas; de suer-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLESPAIN Y GALLICIA
ALFONSO X
VALLESPAIN Y GALLICIA

te; que ya mirasen delante de sí, ya volviessen su vista atrás, siempre se encontraban.

Añádese á esto que el cielo los habia dotado de gustos absolutamente semejantes. El duque de Berry amaba las artes como príncipe y como artista: la mansion que hizo en Italia habia despertado aquella pasion en su corazon, y se habia entregado al estudio de la pintura y de la música, pero con especialidad de la pintura. Mas de una vez se habia podido ver, en medio de las ruinas de que Roma está llena, á un jóven sentado en un trozo de columna, dibujando un arco triunfal medio destruido, ó los restos de un palacio que en otro tiempo cubria el suelo con sus vastas proporciones: este era el nieto de Luis XIV, que, viniendo á añadir una ruina mas á tantas ruinas, se consolaba con las artes, y mostraba á la ciudad eterna uno de los despojos de la augusta casa de Francia, que habia levantado tantos arcos de triunfo, y poseido tantos palacios.

Este gusto de las artes y de la vida privada estableció entre los duques de Berry una intimidad mas completa y mas dulce. No parecia sino que pasaban por un lado de los acontecimientos, y olvidaban que vivian en la peligrosa intermediacion del trono; con tanta seguridad corria su existencia, ocupada de las distracciones de las artes, la felicidad doméstica, los placeres del mundo y las satisfacciones de la beneficencia.

Tambien su matrimonio habia sido colocado bajo la popularidad de un acto de generosidad real. Las cámaras habian creído de su deber, votar una dotacion al duque de Berry con motivo de su enlace con la princesa Maria Carolina: el príncipe y la princesa cedieron quinientos mil francos á los departamentos que mas habian padecido en la invasion.

Los nuevos esposos habitaban el Eliseo. Libres allí de la etiqueta de las Tullerías, que les pesaba como una fatiga y un fastidio, vivian en la sencillez de la vida particular. Frecuentemente se les veia salir juntos, á pie, sin escolta y sin comitiva, por la puerta que dá á los campos Eliseos; bajaban la alameda y se mezclaban á la multitud, yendo ellos mismos á visitar los desgraciados á quienes concedian socorros. Alguna vez tambien se les encontraba en los almacenes y las tiendas; porque el duque de Berry tenia gusto en complacer en todo á la princesa, y hallaba en la juventud de corazon que habia conservado, el instinto de lo que debia agradaarla.

Las limosnas conocidas del duque y la duquesa ascendian á mas de cien mil escudos por año: existia entre ambos una interesante rivalidad de beneficencia, y se ocultaban algunas veces las casualidades que les proporcionaba ejercer su caridad. Un dia que salian juntos, se les presentó una pobre muger con sus hijos. La mas pequeña de las hijas de aquella muger se aproximó á la princesa: «Yo me he encargado de ella,» dijo la duquesa de Berry sonroseándose.—«Bien, respondió el príncipe; yo me complazco de verosamente nuestra familia.» Con sus cortas rentas el príncipe y la princesa dieron asi mas de dos millones en cuatro años.

Este gusto por la vida privada, que les hacia gustar de largos paseos, á pie y sin comitiva, fué ocasion de mas de una aventura que divertía á la corte, y que el público gustaba de repetir, porque veia en ellas la prenda de una sencillez de costumbres que simpatizaba con los gustos de la época.

Atravesando el bosque de Bolonia, encontró un dia el duque de Berry un muchacho cargado con un talego. El príncipe, deteniendo el caballo de su cabriolé pre-

guntó al pobre muchacho á donde llevaba su carga: «A la Muelle,» respondió. «Es demasiado pesado ese talego; dámele, y yo le entregaré de paso.» El talego fué colocado en el birlocho, y el príncipe le llevó á donde iba dirigido. En seguida fué á buscar al padre del muchacho y le dijo: «He encontrado á vuestro hijo, al que haceis llevar mas carga de la que puede; tomad dinero y comprad un jumento.»

Otra vez, en una mañana de junio, el duque de Berry y su esposa habian ido á pasear á pie, segun su costumbre, á los baluartes, cuando fueron sorprendidos por una tempestad: viendo pasar un joven con un paraguas, el príncipe le rogó se le prestase para su esposa; aquel pidió el permiso de acompañarla: «Es muy justo,» respondió el príncipe. Hacia ya una hora que iban andando, y el dueño del paraguas decia de cuando en cuando, «es aquí?» En fin á algunos pasos del Eliseo Borbon, fué reconocido el príncipe y los tambores de la guardia principiaron á batir marcha. Confundido el joven por su equivocacion, tartamudeó algunas excusas, á las que el príncipe respondió con graciosa bondad, dándole las gracias.

Es necesario añadir á esta aventura el rasgo de una alquiladora de sillas, que reusó dar crédito á dos aturdidos, que se excusaban de pagarla con el pretexto de haber olvidado su bolsillo, no sin escitar la increíble burla de su terrible acreedora: estos aturdidos eran S. A. R. Carlos de Borbon, duque de Berry, hijo de Francia, y S. A. R. Carolina de Borbon, nieta como él de San Luis y de Enrique IV.

El caracter del duque de Berry era vivo y pronto; tenia una especie de aspereza militar unida á una gran sencillez y una perfecta bondad. Cuando habia ofendido á un amigo estaba siempre dispuesto á poner la mano en el puño de su espada para darle sa-

tisfaccion, ó á abrir los brazos para recibirle. El habia tenido mas de una aventura de este género durante el tiempo de sus desgracias y sus destierros: despues de la vuelta de la familia real, se condujo del mismo modo en mas de una circunstancia. Un dia en una cazeria manifestó impaciencia contra uno de sus criados, á quien honraba con un afecto particular.

«Si sois tan severo conmigo, dijo este, me retiraré.»

—Está bien, retiraos.

—Mañana lo sentireis.

—No, ciertamente.

—Voime pues, dijo el conde.

Por la noche el duque de Berry le hizo preguntar si iria á caza: el dia siguiente se lo hizo preguntar tambien: por la noche le mandó llamar de nuevo. Luego que llegó el conde, adelantándose hácia él el duque de Berry, «Señor, le dijo, puesto que os he agraviado, debo ofreceros los brazos ó la espada.»

El amaba á los soldados como habia amado la guerra. Es sabida su palabra á aquel regimiento que respondió á su grito de *viva el rey* por el de *viva el emperador*. «Volvamos á repetirlo, amigos míos, porque os habeis equivocado por un resto de antigua costumbre.»

Un dia que debia haber cazeria real en Rambouillet, el duque de Berry habia partido desde el amanecer con un guarda para *hacer el bosque*, segun el lenguaje de la montería. Al volver un espeso matorral, distingue dos hombres, que, á su vista se esconden precipitadamente en la espesura. El príncipe se empeña en perseguirlos y los alcanza despues de muchas pesquisas. Por algunos vestigios militares que se advertian aun sobre sus andrajosos vestidos, no tuvo dificultad en conocer que eran desertores.

BIBLIOTECA ALFONSIANA UNIVERSITARIA

«Qué haces ahí?» dijo el príncipe al que alcanzó primero.

—«Señor guarda, no me perdais,» respondió, engañado por el traje de caza que llevaba el príncipe.

—Cómo te encuentras aquí á esta hora?

—Estamos aquí ocultos hace dos días, mi camarada y yo, temiendo ser arrestados.

—Tú eres soldado, y has desertado? Sabes que te corresponde cinco años de cadena?

—Mi madre estaba enferma, y he querido verla. Además, mi camarada que sirve hace mucho tiempo, me ha dicho que en el día es muy mala vida la de soldado.

—Luego eres tú, desgraciado, dijo entonces el príncipe al otro desertor, el que has seducido á tu compañero? Tú eres menos excusable porque eres soldado viejo.

—Yo no quiero servir ya.

—Y por qué?

—Por que no nos batimos.

—Ten paciencia; la paz no durará siempre: ya nos batiremos.

—Además, yo no quiero recibir la schlaque. Los soldados franceses no se han hecho para ser tratados como rusos.

—Y quién te ha dicho que se quería dar la schlaque?

—Un paisano que lo sabe.

—No ves que te se quiere engañar?

—No será falso, sin embargo, puesto que el príncipe golpea á los oficiales.

—Qué príncipe?

—El duque de Berry.

—Ha mentido quien tal te ha dicho. Si el duque de Berry es vivo, respeta, voto á...! el uniforme que

lleva el mismo; si agraviase á un oficial le daría satisfacción como se acostumbra entre militares.

—No os incomodeis, señor guarda; yo repito lo que me han dicho.

No es contra ti contra quien yo me irrito. He ahí el hermoso estado en que te encuentras por haber creído lo que te han dicho. Estabas bien vestido, bien alimentado, dormías tranquilo, y ahora tienes que ocultarte como un salteador de caminos?

—Si las cosas se hicieran dos veces...!

—Estás arrepentido? Si el rey te perdonase, permanecerías fiel á tus banderas?

—Lo juro á fé de soldado viejo.

—Yo recibo tu juramento, y cuento con él. Hoy pediré tu indulto al rey, y si necesitas un fiador, el duque de Berry lo será.

—El duque de Berry?

—Jorge, dijo en voz baja el príncipe al guarda que le acompañaba, conduce estos dos hombres al punto de reunion, dales de comer, y no les digas quien soy.» Al mismo tiempo partió á galope.

La reunion general era en el estanque de la Torre, donde se habia preparado un magnífico pabellon para el rey y la familia real. La duquesa de Berry habia venido en birlocho; el rey, los príncipes y la corte estaban presentes, y ya los alegres sonidos de las cornetas se mezclaban á los ahullidos de los perros, impacientes por entrar en el cazadero. El rey iba á dar la señal de atacar, cuando el duque de Berry se adelantó y le dijo:

«Me permitirá el rey pedirle una gracia?

Entonces á una seña del príncipe presentó Jorge los dos desertores que, reconociendo al duque de Berry en el que habian tenido por guarda-bosque, se arrojaron á sus pies.

BIBLIOTECA ALFONSIANA
UNIVERSITARIA

«Amigos míos, les dijo, el rey es á quien es necesario pedir vuestra gracia, porque solo él puede concedérosela. Pero os he prometido esta mañana que el duque de Berry saldria garante de vuestra fidelidad en adelante, y cumpliré mi palabra. El rey quiere mi caucion?»

—Yo la acepto, y para probaros que la creo buena, quiero que estos dos hombres sean admitidos en mi guardia. Ahora, señores, ataquemos.»

Los gritos de *viva el rey* estallaron por todas partes: el duque de Berry estaba resplandeciente de alegría, la duquesa conmovida, y el rey feliz y satisfecho. La caza fué desgraciada aquel día. El ciervo bien lanzado por de pronto, burló al fin los esfuerzos de los perros; por lo que el rey con aquella graciosa malicia que le era propia, dijo durante la comida á los monteros: «Vosotros no habeis sabido traerme nada; el duque de Berry entiende mejor de caza que todos vosotros!»

Hubiera podido decirse con verdad, que la caza traia la felicidad al príncipe. Entregándose tambien á esta diversion, tuvo en otra ocasion la dicha de salvar la vida á un niño. Estaba en la caza de gamos en el bosque de Meudon, y la duquesa á quien su adelantado embarazo no permitia seguirle, se habia dirigidó en carretela á Sevres para esperarle. El gamo lanzado con destreza, vino á parar casi al mismo sitio en que se hallaba la duquesa de Berry; los perros sueltos de repente derribaron al precipitarse, á un muchacho que llevaba en sus brazos un niño de tres meses. El peligro era inminente en medio de aquella furiosa trailla, y la vida del niño estaba en el mayor riesgo. El duque se arrojó en medio de los perros, recogió al niño, y le puso sano y salvo en los brazos de sus padres.

Ya se ha dicho que el duque y la jóven duquesa amaban las artes: sin embargo, los placeres tenian su lugar despues de los deberes, y las artes despues de los pobres. Se les propusieron algunos cuadros de la escuela holandesa: «He reflexionado sobre vuestra proposicion,» escribia el duque de Berry á M. Despallieres, cónsul general de Francia en Amberes, «y suspendo la compra. En un tiempo en que mis pobres me llaman tanto la atencion, yo me reconvendria el comprar tan caro un placer, sin el cual puedo pasar.»

Cuando los indigentes no absorbian las rentas de los habitantes del Eliseo, uno de sus mas dulces gozes era satisfacer aquel gusto tan noble y tan elevado que la jóven princesa habia bebido en su primera patria, y que el príncipe habia traído de ella. En la composicion de su galería se reconocia un corazon real al lado de una alma de artista, pero en ninguna parte se advertia los cálculos avaros del traficante que deshonran á los príncipes. El duque de Berry y su esposa protegian las artes, pero no comerciaban con ellas. Al lado de las obras maestras de los grandes artistas, se veian frecuentemente en su palacio bosquejos imperfectos, en medio de los cuales apenas se distinguia una esperanza venidera. Quiere decir, que si el gusto les advertia la mediania de la obra, su corazon les decia tambien que los jóvenes artistas sobre quien se estendia su munificencia, tenian necesidad de apoyo para alcanzar sus talentos. A aquellos compraban sus composiciones, fruto de un genio consumado: en estos pagaban las esperanzas.

El duque de Berry gustaba de visitar los talleres de los maestros célebres: se complacia en verlos trabajar, y á sus elogios sabia mezclar justas observaciones.

La duquesa de Berry, se rodeaba tambien de

los pintores mas hábiles; sabia dibujar paisages y el príncipe la decidió á dejar el lapizero por el pincel, y guiando sus primeros ensayos en este arte difícil, para aumentar la emulacion de su discípula, pasaba horas enteras pintando á su lado.

Asi transcurian en las tranquilas felicidades de la vida interior, en las funciones de las artes, y en todos aquellos placeres del espíritu, tan populares en Francia, los primeros años de un matrimonio contraído bajo los mas felices auspicios. Aquella confianza tan entera, aquella paz tan profunda, aquella union tan íntima, parecian asegurar la ventura de los dos esposos; el tiempo presente se les manifestaba risueño, y el venidero no parecia deberles traer desgracia ni peligro.

El curso de estas prosperidades no habia sido interrumpido sino por la falta de hijos. El heredero que la duquesa de Berry debia dar á la raza de los Borbones, no llegaba á ver la luz. Dos veces habian sido engañadas ya las esperanzas públicas, cuando nació Mademoiselle. El duque no vió en este nacimiento el complemento de sus deseos, mas no por eso amó menos á la princesita. Confiola, como es sabido á los cuidados de la vizcondesa de Gontaut, y en esta ocasion escribió el billete siguiente al márques de Gontaut.

«Confiando á la vizcondesa de Gontaut el cuidado de lo que mas amo en el mundo, he creido darla una prueba de mi estimacion particular, y he aprovechado con entusiasmo esta ocasion de mostrar á todo lo que lleva el nombre Biron, cuanto cuento con el celo y la adhesion á que estamos acostumbrados hace siglos.

El 13 de julio de 1817, la duquesa de Berry habia dado á luz una hija, que no vivió. Quejándose de

no haber dado un heredero al trono: «No os desconsoléis, le dijo S. A. R., si fuese un niño los malévolos dirian que no era nuestro, al paso que nadie nos disputará esta querida hija.»

El 13 de setiembre de 1818, parió la princesa un niño, que murió á las dos horas. El príncipe no pudo menos de notar, aunque involuntariamente, esta fecha de 13, que se repetia con una especie de fatalidad.

